muger á quien habia ofendido de la manera mas injusta, se arrojó á sus piés, pidiendo que le perdonase.

Lucila se sorprendió con aquella inesperada aparicion.

—¡Ah!..... conozco que he sido el mas cruel de los hombres—exclamó el esposo.—Pero tú eres la mas buena de las mugeres, y me perdonarás.

—Ya lo estabas por mí.

—¡Qué necio he sido al atormentarte con mis celos! Vuelve, vuelve á honrar mi triste habitacion, y torna la felicidad á tu arrepentido esposo.

—No; me hiciste salir de tu casa cuando no me creiste cristiana: hoy sabes que lo soy, y no puedo volver á ella sino es con un consorte de mi religion misma, á quien un sacerdote cristiano me haya unido.

—¡Ah!..... yo abrazo con gusto esa religion que lleva la virtud al corazon de las mugeres, haciéndolas fieles esposas y excelentes madres.

—El lazo del matrimonio cristiano es indisoluble, y la muger no es la esclava del capricho del hombre, sino su compañera y su igual.

—Repito que abrazo esa religion que no reconoce mas blasones de nobleza que las virtudes del alma, ni mas jerarquías que las buenas obras. Ahora comprendo que la sociedad, adorando corrompidos dioses, no puede presentar mas que vicios y libertinaje, egoismo y engaño. La doctrina de la nueva fe es el sol que ha venido á poner de manifiesto la llaga cancerosa que corroia á la sociedad, y señalado el eficaz remedio para salvarla regenerándola. Este remedio es la práctica de las virtudes que mil veces he podido admirar en los cristianos. Ellos respetan la propiedad, la familia, practican la caridad, creen en el premio de las buenas obras y en el castigo de las malas, desprecian el vicio y el engaño, el robo y la infidelidad, cualidades todas que están llamadas á cambiar la faz del mundo estableciendo la moral y las buenas costumbres.

—Al escucharte hablar así, bendigo la sospecha que dió causa á nuestra separacion, porque por ella has venido á comprender todo lo que vale la doctrina del Crucificado.

—Y todas las virtudes que atesora tu alma. Marchemos, pues, á la casa de uno de esos ministros del verdadero Dios, y él sea el que nos una con el lazo santo que ordena la religion que gustoso abrazo.

—Sí, marchemos—dijo Lucila llena de gozo.

Y ambos, saliendo del edificio, se dirijieron á otro en que vivia un respetable sacerdote cristiano.

CAPITULO XLI.

LA CIEGUECITA.—CRÍTICA SITUACION.—ARBACE Y CALENO.—LA CODICIA. DONDE MENOS SE ESPERA.

Cuando Arbace, al entrar en casa de Salustio para ver á Glauco, se encontró en la puerta de la calle con Nidia, consiguió, como dijimos, persuadir á esta de que Ione se hallaba en aquel instante en el templo de Isis esperándola.

La jóven, anhelando concertar algo con la hermana de Apoicide en defensa y en favor de Glauco, marchó en su busca.

Alentada del noble deseo de ser útil á su desventurado amo, la infatigable cieguecita caminaba á toda prisa.

Pronto llegó á aproximarse al templo de la diosa egipcia; pero en el momento en que ella creia que se iba á encontrar con Ione, dos esclavos vigorosos, avisados por Arbace, se apoderaron de ella y la arrojaron, á pesar de sus gritos, en una celdilla retirada, desde donde era imposible que saliese su voz para hacerse oir. Al llegar la noche, aquellos hombres volvieron á entrar en la pieza en que estaba, le taparon la boca con un pañuelo, y la condujeron á un cuarto retirado de la casa de Arbace.

Algunos dias habian trascurrido sin que el esclavo encargado de su custodia quisiese responder á ninguna de las preguntas que la cieguecita le dirijia, y en esos dias de angustia, la pobre Nidia no se habia ocupado en otra cosa que en orar al Supremo Hacedor.

Al terminar el último en que nos hallan estos hechos, cuando ya las sombras de la noche comenzaban á derramarse sobre la tierra, Nidia empezó á dar gritos, dominada por la esperanza de que alguno la oiria y vendria en su socorro.

—¡Hola, niña!—dijo el esclavo abriendo la puerta—¿te ha mordido algun escorpion?

Nidia dedujo por el sonido de la voz de su guardian, que no era el mismo que obstinadamente se habia rehusado siempre á responderla, y renovó sus preguntas.

—¿Dónde está tu amo—dijo la jóven—y por qué causa se me ha encerrado aquí? Yo tengo necesidad de respirar el aire libre; déjame salir.

—¡Ay, jovencita! tú ignoras sin duda que la voluntad de mi amo es absoluta. El ha ordenado que se te enjaulase, se ha ejecutado su órden, y yo no soy mas que tu guardian.

—Pero.....

—Tú no puedes tener aquí ni aire ni libertad; pero en cambio puedes tener lo que vale mas que todo eso, buena comida y excelente vino.

—¿Y qué es lo que el gran Arbace puede exijir de una pobre jóven como yo?

—Lo ignoro; á no ser que te guarde para servir á su pupila.

—¡Cómo!..... ¿Está aquí Ione?

—Sí, ¡pobre señora! temo que no se encuentre por voluntad propia.

—¿Quieres conducirme á su presencia?

—Se encuentra enferma.

—¿Enferma?

—Sí. Ademas, yo no he recibido órden para ello, y nuestro amo nos ha enseñado á no pensar por nosotros mismos.

—¿Pero qué mal hay en dejarme ver á Ione?

—Presumo que ninguno. Pero ¿por qué tomas tú tanto interes por la suerte de Ione?

—Porque su suerte está identificada con la de mi amo.

—¿Glauco?

—Sí.

—¡Ah! su proceso ha seguido con actividad desde el dia en que se hicieron los honores á su víctima, y se teme que sea arrojado al leon ó al tigre.

Nidia se estremeció sobre su asiento como si una flecha le hubiese atravesado el corazon, y arrojando un grito desgarrador se echó á los piés del esclavo, exclamando:

—¡Ah!..... tú quieres sin duda matarme!..... Pero no; eso no es posible: dime que intentas atemorizarme..... que me ocultas la verdad..... ¡Habla, habla!

La tierna voz con que fueron pronunciadas estas palabras, enternecieron el corazon del esclavo, que contestó con amabilidad:

—En verdad, jóven ciega, que yo no entiendo nada de la ley: quizá no sea tan severa como me le habia imaginado. Pero Arbace es el acusador de tu amo, y el pueblo aguarda con impaciencia un criminal para la arena. Sin embargo, bien se podria contentar con el nazareno.

—¿Hay un cristiano sentenciado á las fieras?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Olinto.

—¡Olinto!

—El enemigo mas encarnizado de nuestros dioses. Va á ser condenado á muerte por haber blasfemado de Cibeles.

—¡Oh!..... yo no temo por su muerte—dijo Nidia con una calma que sorprendió al esclavo.

—Yo creia, sin embargo, que tú pertenecias á la nueva secta.

—Precisamente por eso es por lo que me regocijo al pensar que la muerte de Olinto le proporcionará la corona del martirio.

—Preciso es confesar que vosotros los nazarenos sois personas muy singulares. No estais contentos sino cuando se os persigue, y buscais la muerte con tanto afan como nosotros la huimos.

Nidia quizá hubiera aprovechado esta ocasion para explicar á su carcelero la causa de semejante prodigio, si el peligro que amenazaba á su amo no se hubiera presentado de nuevo á su mente.

Despues de haber reflexionado algun tiempo en los medios de escapar del cautiverio á que estaba condenada, impaciente de hallarse cerca de Glauco, se volvió hácia el esclavo que la observaba con curiosidad, y le dijo:

—Puesto que ni tú ni tu amo quereis dejarme salir, permitidme siquiera respirar el aire fresco á la puerta de este cuarto. Sufro mucho al verme encerrada de esta suerte.

Sosie, que así se llamaba el esclavo, no se atrevió desde luego á acceder á la súplica de la cieguecita, por muy justa que le pareciese, puesto que hacia en el cuarto un calor sofocante. Pero reflexionando que la órden expresa que le habia dado su amo de no negar nada á la prisionera, á excepcion de toda comunicacion con los de afuera, y creyendo al mismo tiempo que no habia ningun peligro en dejar á la jóven junto á la puerta, acabó por consentir, y abrió él mismo.

Nidia le dió las gracias, y levantándose, se deslizó á lo largo de la pared, y se detuvo en el umbral.

Con una mano tenia la puerta, y con la otra separaba los cabellos de su frente, como para respirar mejor la brisa de la noche.

—¡Qué dicha se siente aquí!—exclamó la jóven un instante despues.—Yo creo que en esta atmósfera tan fresca y tan dulce comeria con mas placer que en esa prision estrecha y malsana.

El buen Sosie se apresuró á satisfacer el deseo de la pobre ciega, y entró en el cuarto para cojer la canasta de fruta que le habia llevado en la misma noche.

Nidia escuchó los pasos del esclavo que entraba á la pieza que á ella le servia de prision.

En su frente brilló un rayo de esperanza.

Cuando el esclavo se agachó para cojer la canasta, la puerta se cerró bruscamente y le dejó en completa oscuridad.

La corriente de aire habia apagado la lámpara.

El esclavo corrió inmediatamente hácia la puerta; pero estaba cerrada por fuera, y Nidia se alejaba buscando el jardin.

Entonces conoció su falta, pero era tarde.

Se encontraba prisionero, ocupando el lugar de aquella á quien debia servir de guardian.

Entonces se propuso llamar; pero temiendo que Arbace le oyese, se resignó á su suerte, y resolvió esperar hasta el dia siguiente, con la esperanza de que los otros esclavos, no viéndole entrar, irian á sacarle de su prision.

En tanto que cojido así en la celada, Sosie se lamentaba de su posicion, Nidia, con esa destreza particular en hallar el camino conveniente, atravesaba el jardin y se dirijia hácia la puerta de él para huir, palpitante de temor y de esperanza.

De repente escuchó una voz fuerte y los pasos de dos personas que se aproximaban.

Era la voz de Arbace.

Nidia se detuvo un momento sobrecojida de terror.

Despues, encomendándose á la proteccion de la Providencia, continuó marchando al acaso, descendiendo á una rápida pendiente.

El aire se sintió entonces húmedo y frio.

Esto la consoló.

Juzgó que se hallaba cerca de las cuevas de aquella opulenta mansion, ó al menos en un lugar que la ponia en seguridad.

Los pasos llegaron á oirse de nuevo, y la voz de Caleno, que venia hablando con el egipcio, la conoció al momento.

Entonces se puso á huir, extendiendo sus brazos hácia adelante á fin de no tropezar contra los espesos pilares que sostenian la bóveda.

Pero cada vez que se detenia para tomar aliento, escuchaba los mismos pasos y la misma voz.

Al cabo de algunos instantes se vió detenida por una pared que parecia deberle cortar la fuga.

Despues de haber buscado inútilmente un sitio para esconderse, resolvió seguir la pared á lo largo, y cuando ya habia andado un largo espacio, tropezó su cabeza contra un botarel ó estribo, que contenia los arcos.

La pobre Nidia cayó al suelo; sin embargo, no perdió el conocimiento.

No exhaló ni una queja, y dió gracias al cielo de aquel accidente que la habia conducido á un sitio que la ponia al abrigo de las miradas de los que, segun ella, le perseguian.

Deslizándose en el ángulo formado por el estribo, se hizo tan pequeña cuanto le fué posible, y esperó su suerte con entera confianza en los socorros de Aquel que le habia ya sacado de la prision.

Entre tanto, Arbace y Caleno avanzaban entregados á una animada conversacion.

—Hace una noche deliciosa—dijo el egipcio á Caleno, que, así como aquel, habia bajado al jardin para respirar los perfumes de la noche:—ella me trae á la memoria el dia en que, hace veinte años, admiraba por la primera vez las bellas playas de Italia. La edad avanza, querido Caleno; sepamos al menos gozar de la que nos resta.

—Vos podeis disfrutar de la vida—respondió Caleno.—Teneis una salud magnífica y considerables riquezas: todos los placeres os son accesibles, y hoy disfrutais del de la venganza.

—Sí; yo espero que mañana el senado me librará de un rival odioso al librar al mundo de un asesino.

—¡Asesino!—repitió Caleno lentamente y con aire significativo.—Vos habeis hecho perfectamente en acusarle de ese crímen, vuestro interes lo exijia; pero bien sabeis que nadie es mas inocente que él.

—Explícate—dijo friamente Arbace, porque estaba preparado á oir lo que ya sospechaba.

—Oculto detras de los árboles del bosque, todo lo ví y todo lo escuché. Yo no os vitupero: vuestro valor ha destruido un enemigo y un apóstata..... Ademas, yo estaba solo.

—¿Y qué hacias tú en el bosque á esa hora?

—Habia sabido la apostasía del hermano de Ione, y tenia noticias de que debia encontrarse en el bosque con Olinto. Quise sorprenderles tratando los infames proyectos que los nazarenos han formado contra nosotros.

—¿Has hablado con alguno de lo que viste?

—Con nadie: os lo juro por los dioses.....

—Callad: ya nos conocemos: ¿qué son los dioses para nosotros?

—Pues bien; por el temor de vuestra venganza, juro que con nadie.

—¿Y por qué me has ocultado hasta ahora este secreto?

—Porque..... porque.....—balbuceó Caleno, confuso y turbado.

—Porque—interrumpió Arbace con una sonrisa burlona—querias hacerme comprender que una sola palabra tuya bastaria para desbaratar todos mis proyectos, y probarme que no dependia mas que de tí el hacer caer sobre mi cabeza todo el furor del pueblo que mis artificios han despertado. De suerte, que si la boca del leon no se abria para Glauco, se abriese para Arbace, ¿no es verdad?

—Ciertamente, sois un mágico, y puesto que habeis leido tan claramente en mi corazon, me guardaria mucho de desmentiros.

—De suerte que lo que esperas es una recompensa proporcionada al servicio que me haces? Estoy pronto á dártela. Si puedo satisfacerte con oro, fija tú la cantidad.

—He oido decir que en los subterrános que existen debajo de esta casa, conservais tesoros que no ceden en nada á los que poseia Neron. Una parte cortísima de esas riquezas harian de Caleno el sacerdote mas rico de Pompeya, y todo ello no seria para vos otra cosa que un insignificante sacrificio.

—Te he dicho que estoy dispuesto á recompensar tu silencio: vamos, pues, Caleno: tú eres un antiguo amigo, y has sido siempre mi mas leal servidor. Creo que no puedes tener deseo ninguno de que me quiten la vida, ni yo quiero restrinjir la recompensa que mereces. Bajemos, si gustas, á los subterráneos, y esta misma noche llevarás todo lo que puedas ocultar en tu vestido. A la vista de lo que tu amigo posee, conocerás lo insensato que seria denunciar á un hombre que tanto puede dar. Cuando Glauco no exista, harás otra visita al tesoro..... ¿Crees ahora que te hablo como verdadero amigo y con franqueza?

—Os lo agradezco infinito, y con placer veo que sois el mas generoso de los hombres—exclamó Caleno casi llorando de alegria.—Nunca podré olvidar.....

—Silencio: deja las gracias para despues, y marchemos.

Ambos se dirijieron entonces hácia el sitio del tesoro.

Caleno se estremeció cuando llegaron al fondo de los subterráneos, á donde nunca se habia atrevido á bajar.

Al rededor de él vió paredes descascaradas y enormes pilares, sobre los cuales, la lámpara que llevaba Arbace arrojaba una luz incierta y triste.

—Sin embargo—dijo Arbace, notando el estremecimiento de Caleno,—estos sitios que parecen tan horribles, mantienen el lujo de las salas que se encuentran arriba. Vienen á ser como los obreros, cuyos groseros modales despreciamos, y que no obstante, dan de comer al orgullo que los desdeña.

—El favorecido Glauco se verá alojado mañana en un departamento que no estará mas seco que este, aunque sí mas reducido—indicó Caleno en el instante en que pasaban delante del estribo último en que se habia ocultado la cieguecita agachándose cuanto le fué posible.

—Sí; pero al siguiente dia tendrá un espacio mucho mas vasto y mejor ventilado en el anfiteatro. Y cuando se piensa que una palabra tuya podria salvarle y colocar á Arbace en su lugar, se estremece el corazon.

—Esa palabra no saldrá jamas de mis labios.

—Tienes razon, querido Caleno—dijo el egipcio, apoyándose con familiaridad en el hombro de su interlocutor:—esa palabra no se pronunciará jamas.

—Jamas.

—Pero ya hemos llegado á la puerta.

Al decir estas palabras, Arbace sacó de su cinturon una argollita de la cual pendian varias llaves, y abrió una puerta pequeña profundamente embutida en la pared, y asegurada con barras de hierro.

—Entra, amigo mio—dijo el egipcio—en tanto que levanto la lámpara, á fin de que puedas recrear tu vista en los tesoros que poseo.

El impaciente Caleno no esperó á que se le invitase por segunda vez.

Codicioso de poseer las riquezas que esperaba, avanzó por delante; pero apenas habia pasado el umbral, cuando se sintió arrojado al fondo por la mano vigorosa de Arbace.

—*Esa palabra no se pronunciará jamas*—exclamó el egipcio, soltando una carcajada y cerrando la puerta prontamente.

Caleno, al ser precipitado, rodó algunos escalones; pero no sintiendo por de pronto el dolor de la caida, volvió hácia la puerta, y golpeando en ella con los puños cerrados, gritaba á la vez con voz semejante al aullido de una béstia feroz:

—¡Ah!..... salvadme, salvadme!..... y nada os pediré.

—Todo el oro de la Dalmacia—respondió Arbace—no te proporcionaria una corteza de pan. ¡Muere, miserable! Tus últimos quejidos no despertarán jamas los ecos de estos muros, ni el aire revelará nunca que royendo en su angustia la carne de sus huesos, ha muerto el insolente que amenazó y que podia haber perdido á Arbace.

—¡Tened piedad de mí!..... Infame engañador, ¿qué es lo que.....

El resto de las palabras pronunciadas por Caleno, no pudieron ser oidas por Arbace que subia ya la escalera.

Un asqueroso sapo se presentó al paso del egipcio.

Arbace se hizo á un lado para no hacerle daño.

—Tú eres un ser inmundo y asqueroso—dijo—pero no puedes dañarme, por lo cual te dejo la vida.

Arbace se alejó.

Nidia, desde el rincon en que habia estado oculta, llegó á saber la suerte que aguardaba á Glauco.

Debia ser condenado al siguiente dia!.....

No obstante el terror de que se sintió herida por este descubrimiento, pronto le cedió á él la esperanza.

Existia aún un hombre que podia salvar á Glauco.

Este hombre respiraba junto á ella: escuchaba sus gritos, sus imprecaciones, sus súplicas.

Estaba cautivo; pero ella conocia el secreto de su calabozo: si conseguia proporcionar su fuga, podia prevenir al pretor, y alcanzar la libertad de Glauco.

Despues de haber esperado con la mas viva ansiedad que Arbace se alejase, y cuando todo quedó en el mas profundo silencio, Nidia se arrastró hasta la puerta del calabozo en que se hallaba encerrado Caleno.

Tres veces procuró hacerse oir, y tres veces la maciza puerta impidió el paso á su voz.

Por fin, habiendo encontrado la cerradura, aplicó á ella sus labios, y el preso oyó pronunciar su nombre.

—¿Quién me llama?—exclamó Caleno, cuya sangre se helaba y cuyo cabello se erizaba de sorpresa y de espanto.

—Tranquilízate, Caleno—respondió la cieguecita—no soy un espectro. Acabo de ser, sin conocimiento de Arbace, testigo de su perfidia. Si puedo escaparme de aquí, yo te salvaré; pero respóndeme sin tardar á mis preguntas.

—¡Oh! espíritu bienhechor, sálvame, y venderé hasta los vasos del altar para pagar tu favor.

—Yo no tengo necesidad de tu oro; pero sí de tu secreto. ¿Puedes salvar de la muerte que le espera al ateniense Glauco? ¿Estás en disposicion de probar su inocencia?

—Puedo probarla, sí; lo puedo. Por eso es por lo que precisamente me ha encerrado en este calabozo Arbace, para que en él muera de hambre. Sálvame, y no habrá en Pompeya cabeza mas libre de la muerte, que la de Glauco.

—¿De veras?

—Yo mismo ví descargar á Arbace el golpe fatal sobre Apoicide; puedo, por lo mismo, convencer á los jueces de su crímen, sincerando al inocente. Si yo muero, Glauco morirá tambien. ¡Ah! Aun cuando viera el infierno abierto á mis piés, hablaria. Sí, ¡venganza contra el pérfido!..... ¡venganza!.....

—Bien—dijo Nidia.—Yo te sacaré de aquí. Dios, que me ha conducido á estos sitios, me protejerá á traves de los peligros que tengo que correr. Aguarda con esperanza y paciencia.

—Pero sé prudente, jóven extranjera. No vayas á pretender conmover el corazon de Arbace, porque aquel corazon es de mármol. Vé á encontrar al pretor, y dile todo lo que sabes. Vuelve pronto á este sitio con soldados y cerrajeros; pero no pierdas tiempo: podria morir de hambre si no te apresurases. ¡Ah!..... corre..... ó mas bien, espera..... ¡Es tan espantoso estar solo en esta tumba, en medio de asquerosos reptiles y de las almas que vagan sin descanso!..... quédate, quédate.

—Ten valor. Vuelvo al instante: por tu bien me alejo. Adios.

Al decir esto, Nidia se deslizó suavemente al traves de los pilares, y al fin llegó dichosamente á la entrada de un sitio por donde penetraba el aire.

Pero allí se detuvo, juzgando que seria mas seguro aguardar á que toda la casa estuviese entregada al sueño.

Resuelta á ello, se postró por segunda vez en tierra y se puso á orar.

Sin embargo, su alegría sobrepujaba á su inquietud.

Glauco estaba en peligro de muerte..... y ella iba á salvarle.